

CAMINAR, SI PUEDO

Me gustaría caminar por la línea imaginaria del Ecuador, poner pie sobre pie, haciendo equilibrio, como en la pisada del fútbol de barrio, tendría una buena guía, me mojaría en el mar, y me secaría en el desierto, vería todas las salidas de sol y también las puestas. Jamás me perdería porque la línea ya está trazada y no se puede cambiar o desviar. En el caso de dar muchas vueltas y aburrirme ,me detendría en un meridiano y lo recorrería hacia el norte o hacia el sur, tendría una vida o dos para hacerlo, y nunca me perdería, mis vidas no serían aburridas, nadie me buscaría y así alcanzaría la libertad.

Enrique Echegoyen. Julio 2009.

EL HOMBRE Y EL FILÓSOFO

Un hombre se perdió en el camino, fue preguntando donde estaba, no sabía ni el nombre del camino ni el número de la casa que buscaba y cada vez se perdía más. Un herrero le dijo que iba bien y que siguiera de largo que encontraría la casa que buscaba, pero siguió y se perdió más. Un policía le pidió documentos y le dijo que tenía que saber donde iba y que no lo quería volver a ver perdido porque lo arrestaría. El hombre asustado por la amenaza, se escondió y se hizo la noche y se desorientó más. Se durmió como pudo y cansado siguió su marcha hasta que encontró a una anciana que le adivinó la suerte y le cobró muchas monedas. Se quedó sin dinero y sin rumbo y desesperó. Siguió caminando y pregunto a varias personas más donde estaba y cual era el camino, para llegar a la casa que buscaba siempre con el mismo resultado, se perdía más. Cuando sentado en el camino ve a un hombre con un bolso de cuero con aspecto amigable que estaba tomando agua de un pequeño cuenco de cerámica. Se paró junto a él y en su lamentable estado le hizo al hombre las mismas preguntas que a las demás personas.

El hombre, que era un filósofo, le dijo:

F: Si sigues buscando algo que no sabes bien lo que es, será difícil que lo encuentres. Pero ya que recorriste tantos kilómetros, seguramente encontrarás algo que te asombre y que no conoces. Tu eres dueño de seguir o volver sobre tus pasos, en ambos casos conocerás gente y lugares y tu vida será más interesante. Ahora bebe de esta agua y elige lo que harás, pero decídelo tu mismo.

Enrique Echegoyen. Agosto 2009

ELOGIO DEL OUTSIDER

La búsqueda de la verdad... bueno, para no caer en frases gastadas, digamos, el afán de dar cuenta del mundo que nos rodea. La imperiosa necesidad de explicar todo aquello que despierta nuestra curiosidad, todo que aquello que nos aterra porque se nos revela desconocido, oscuro, incomprensible. Y como sabemos, los humanos tenemos baja tolerancia a los agujeros negros.

Es todo eso lo que nos llevó a inventar teorías, desde que fuimos. Teorías para explicar el mundo. Por eso mismo, no se limitaron a buscarle la vuelta a tal o cual cuestión más o menos acotada que nos rompía la cabeza, o si lo hicieron se fueron de madre en un santiamén. Porque son Señoras Teorías, que pretenden explicar Todo. O mejor dicho, proporcionan una vara con la cual medir la realidad, o mejor aún, unos lentes a través de los cuales verla.

Sólo en tiempos muy recientes nos hemos cuestionado estas titánicas pretensiones, y todo indica que las hemos desechado, al menos de nuestras conciencias y de nuestros discursos. Y así, donde ayer nomás veíamos un mundo más o menos ordenado, más o menos lógico, y más o menos ajustado a una teoría, hoy asistimos al molesto y atemorizante espectáculo de un mundo definitivamente inasible.

Pensemos la realidad como un paisaje infinito. Sobre sus planicies se yerguen fortalezas –porque es un mundo en guerra.

Estas fortalezas tienen unos nombres muy peculiares. Por allá encontramos una que se llama “Islam”. Más acá, una llamada “Psiquiatría”. Por ahí, hay una que tiene grabado en sus pórticos “Liberalismo”. Y así, desperdigadas, vamos descubriendo a vuelo de pájaro otras muchas, muchísimas fortalezas. “Psicoanálisis”. “Idealismo”. “Nacionalismo”. “Ciencia”. “Marxismo”. “Zoroastrianismo”.

Hay demasiadas como para seguir una enumeración innecesaria. Algunas se muestran orgullosas de los buenos tiempos que corren para sus fuerzas; otras resisten. Hay varias en franco repliegue, otras de las que hace rato no se saben noticias. Hay algunas, sin dudas, de las más fascinantes, abandonadas desde tiempos remotos, muchas de ellas en ruinas y sin nombres propios.

Cual paisaje feudal, hay fortalezas vasallas de otras fortalezas. Una tupida red de poder y subordinaciones se ha tejido entre ellas a lo largo de la historia.

Cada fortaleza está (o estuvo) habitada por guerreros. Cada guerrero encuentra tras sus muros, y en sus camaradas, protección y comprensión. A cambio, la fortaleza exige del guerrero que la defiende de los ataques lanzados por los adversarios y que se lance él al ataque de las otras. No es seguro que un guerrero se aventure solo y sin un objetivo claro fuera de los muros de su fortaleza. Los peligros son demasiados.

¿Pero acaso todos los habitantes de este paisaje son soldados incondicionales pertenecientes a una o varias de estas fortalezas?

Por supuesto que no. Encontramos muchas otras personas. Entre ellas, seres errantes que lo recorren con las mismas o quizás más inquietudes que aquellos guerreros.

¿De dónde vienen estos vagabundos? Muchos pertenecieron a alguna fortaleza; otros las abandonaron antes de comprometerse realmente con ellas. Otros, visitaron varias pero no los convenció ninguna, y también los hay quienes sólo las han contemplado desde fuera.

Naturalmente, estos errantes se sienten más cómodos en esta fortaleza que en la otra, consideran a los guerreros de esta sus amigos o aliados, son bienvenidos en aquella y son mirados con recelo en la otra. No están comprometidos con ninguna, y por eso nadie se ensaña con ellos especialmente; pero tampoco nadie los defenderá de forma incondicional si son atacados.

Se mueven con libertad por esos paisajes peligrosos, y por no estar confinados dentro de unos pocos muros, conocen mucho más, y tal vez hasta mejor.

En un mundo en perpetuo cambio, se las arreglan sin recurrir a nada fijo. Ese es su mayor riesgo: fijarse a algo, en algún lugar. Para eso, sólo hay un antídoto: errar.

Diego Estín Geymonat

diegoestin@hotmail.com | <http://demasiadohumanos.blogspot.com>